Psicología evolutiva

Unidad 1:

La muerte y lo imaginario en la adolescencia. Tubert, S.

La mayoría de las teorías que se ha ocupado de la adolescencia la consideran como un “cataclismo” que se produce entre dos periodos de relativa estabilidad y quietud: la infancia y la edad adulta.

G. Stanley Hall habla de un periodo tormentoso en el que se alternan un entusiasmo prometeico y una profunda melancolía. Supone concebir el desarrollo como una sucesión de etapas que el individuo va transitando.

A. Gessell diseñó “perfiles de madurez” para describir las características de cada nivel de vida, definido en tiempos cronológicos, destacando la existencia de ciclos, subciclos y etapas, opuestos entre sí por las conductas que los caracterizan.

Todo cambio aparece como una “perturbación” qué es necesario eliminar o superar para proseguir el recorrido preestablecido, y no como algo inherente a la constitución misma del sujeto y a su relación con el mundo.

La psicología evolutiva, entonces, opera una fragmentación de un proceso histórico en “etapas” que muchas veces se estudian aisladamente y se describen en forma estática, excluyendo el movimiento y la contradicción.

El “cataclismo de la adolescencia supondría la oposición de dos realidades diferentes y con cierto grado de independencia entre sí: la antigua, y otra nueva que viene a reemplazarla definitivamente.

Al reconocer la existencia de la sexualidad infantil, Freud rompió con la creencia de que la sexualidad “surge” en el momento de la pubertad.

Superación significa transformación en algo nuevo que conserva en sí lo antiguo.

Para la teoría psicoanalítica, la infancia no desaparece nunca.

Creo que solo se puede concebir el desarrollo en términos de lucha de contrarios, tal como se nos pone en evidencia con toda claridad en la adolescencia, que nos permite observar particularmente las sucesivas síntesis de integraciones y desintegraciones, de progresos y regresiones.

Las “conductas regresivas” solo se tratan de un retorno parcial a los puntos iniciales.

Lo nuevo no desplaza a lo antiguo sino que lo transforma.

Lapassade formula una crítica a las teorías que consideran a la infancia y a la adolescencia como meras etapas, signadas por la inmadurez y la provisoriedad, en el camino hacia el logro de una madurez aceptable y definitiva. Afirma que la madurez es sólo una máscara que refuerza la frontera establecida entre la infancia y la edad adulta.

Freud ha contribuido a destruir el mito de la edad adulta. Esto nos conduce al cuestionamiento de los valores normativos de la estabilidad y la madurez.

Conceptos como los de madurez, estabilidad, equilibrio y adultez han entrado en crisis puesto que forman parte de las ideologías represivas, al servicio del mantenimiento del orden establecido. Según los ideales y valores dominantes en la sociedad en un momento dado, determinados “resultados” producidos con mayor frecuencia por la estructura son tomados como medidas de salud, y transformados luego en “finalidades”. Si bien es cierto que toda elección implica una limitación, la elección misma es el resultado de hallarse ya limitado previamente.

Tanto la crisis de los conceptos mencionados, como la de las instituciones de la “madurez” llevaran a la destrucción del mito de la edad adulta, con su carga de valoración ideológica, al reconocimiento de que nunca se accede a un estado adulto ideal y perfecto, en el que culmina todo el desarrollo previo.

Revisión del concepto de adolescencia. Dejar de pensar en términos de “etapa”, “fase” o “momento” de la adolescencia en el sentido de su delimitación temporal. Concebir la adolescencia como una estructura o configuración que no comienza ni finaliza en un momento determinado de la vida, sino que es producto de una historia que se inicia con el nacimiento del niño y aún antes, en cuanto aparece el proyecto de su vida en la historia de quienes lo engendraron.

Las determinaciones fundamentales de esta configuración, del mismo modo que las del sujeto en general, se encuentran en una sistema de significaciones o representaciones sociales, que es mediatizado por los vínculos familiares, intersubjetividad en la que se construirá el sujeto.

Las estructuras constitutivas del sujeto y sus significaciones deben definirse en función de las diferentes relaciones que aquel establece en cada momento de su vida con el mundo en que está inmerso, y también en función de la forma en que éste le afecta y de sus posibilidades de operar sobre el mismo.

Los fenómenos que aparecen como “naturales” en el adolescente resultan ser producto de vínculos humanos cristalizados.

Hay una relación dialéctica entre la historia, que es la reconstrucción de las relaciones intersubjetivas que constituyeron al sujeto, y la situación presente, que actualiza y revela lo histórico, al tiempo que le confiere nueva significación.

Determinada la adolescencia, como configuración específica por la estructura histórico-social, debemos descubrir aquello que le confiere unidad.

 Esto supone la necesidad de considerar el lugar que ocupa el sujeto en las relaciones familiares, puesto que la familia es la singularización de la estructura familiar propia de cada clase social, y a la vez el vehículo de transmisión de los sistemas simbólicos dominantes. La identidad personal, centrada en la imagen de sí mismo esté integrada inicialmente por la imagen que tienen los padres del hijo dentro de una estructura familiar, quedando así marcada por el lugar que se ocupa en el deseo del otro. Podemos decir entonces que no solo se tiene una identidad, sino que se es sujeto de una identidad, ya que, en tanto producto de una sucesión de identificaciones, aquella tiene necesariamente un carácter imaginario.

Es necesario señalar que esa historia no es una mera sucesión de etapas que se encadenan unas con otras, sino que discurre “a saltos”. Solo así podemos comprender el pasaje de la infancia a la adolescencia por otra parte, si tenemos en cuenta que esa historia no se refiere a hechos empíricos efectivamente acaecidos, sino al relato que el sujeto cuenta o que se le cuenta.

Toda concepción de adolescencia estará necesariamente determinada por el modelo de edad adulta que tengamos.

Lo esencial no es solo conocer descriptivamente el conjunto de estructuras en un momento dado, sino ver como se articula el proceso, como los diferentes elementos se conectan y vinculan entre sí, tratando de reconstruir, más allá de los cortes transversales del pasado, los significantes fundamentales que operan como articuladores básicos.

Lo esencial no es solo conocer descriptivamente el conjunto de estructuras en un momento dado, sino ver como se articula el proceso, cómo los diferentes elementos se conectan y se vinculan entre sí, tratando de reconstruir, más allá de los cortes transversales del pasado, los significantes fundamentales que operan como articuladores básicos.

Si nos centramos en la “conducta”, podemos perder de vista la cuestión central de dónde y cómo se sitúa el sujeto.

La historia no es el pasado sino lo que de él se cuenta.

Freud señala claramente que el complejo de Edipo, por ejemplo, perece por sus contradicciones internas, por su imposibilidad estructural misma. Esto nos indica que cada estructura da lugar a otra cuando encuentra en sí misma el obstáculo para su persistencia.

Hay una contradicción que aparece como tema central de la adolescencia: la oposición entre la vida y la muerte; ya sea que estos significantes nos remitan a las pulsiones freudianas, a la progresión-regresión, a la integración-desintegración, al aparecer en el mundo-desaparecer de él, al crecimiento-parálisis.

El “re-despertar” de la sexualidad, la construcción de la genitalidad, se opone a la irrupción de la idea de la muerte como irreversible y definitiva, en tanto que, para el niño, la muerte aparece como algo vagamente reversible. Esto supone una disrupción en la supuesta “unidad” de la infancia.

Es fácil objetar que la lucha de contrarios atraviesa toda la vida, desde el nacimiento hasta la muerte, pero creo que aparece significada con especialidad en la estructura adolescente, en función de una transformación radical, de un salto cualitativo, marcado por la pubertad biológica y por la reinserción social de la que se acompaña en todas las sociedades. Esta estructura no se limita temporalmente; si bien caracteriza a un momento de la historia del sujeto, este “momento”, aunque no deja de ser empírico, tiene más bien un carácter mítico. Considero que la adolescencia es un momento mítico puesto que se desarrolla fundamentalmente en el plano de lo imaginario, aunque su estructuración introduce o re-introduce el plano simbólico, en tanto se define por la ley que se le impone.

Si bien la intemporalidad del inconsciente señala la permanencia del deseo, esa permanencia no se manifiesta a través de una continuidad. Por el contrario, surge en dos momentos “privilegiados”, organizando en su trama toda la experiencia del sujeto: el primero corresponde a la “fase” edípica en el niño, y el segundo a la emergencia de la “genitalidad” y la elección objetal concomitante en la pubertad.

Entre ellos se interpone la represión que recae sobre la primera organización edípica en la que se suscribe la segunda.

Considerar la adolescencia como una estructura mítica en la que es crucial el enfrentamiento con la muerte desde la sexualidad, y en la sexualidad misma. Adolescencia como problemática intersubjetiva.

El enfrentamiento con la muerte, central en esta estructura se vincula con las pérdidas que supone la metamorfosis sexual: pérdida de imagen de sí mismo, de la que el sujeto se defiende mediante la duplicación narcisista condenada, a su vez, al fracaso; pérdida de la imagen del “niño ideal”, tanto para el adolescente como para los padres; pérdida de los padres como sustento ideal del yo infantil.

La evolución libidinal no está señalada solamente por la solución de continuidad entre una etapa y otra. Los momentos productivos operan en torno a un trabajo de duelo.

Cada uno de esos duelos es el producto de un trabajo, y ese trabajo de hallar significación es el resultado de una pérdida. Por eso, los reencuentros sólo podrán realizarse a través de mediaciones que harán entrar en juego la identidad y la diferencia como opuestos inseparables.

La “metamorfosis de la pubertad” de que habla Freud, el múltiple y complejo trabajo de duelo que la caracteriza, incluye junto al interjuego de identificación y corte, la constatación del transcurso del tiempo, y con ella, el reconocimiento de la muerte.

El resultado de este enfrentamiento dependerá de la resolución de la permanente tensión entre lo que se pierde o se destruye y lo que se crea o se recrea.

Discusión del concepto de “adolescencia” desde diferentes perspectivas teóricas. Roberto Elgarte

Partimos de la base que la nocion de adolescencia es multívoca y poco estable. La psicología se ha ocupado de la adolescencia en términos descriptivos. Se la describe como un tiempo tormentoso, de cambio, como edad intermedia entre la niñez y la adultez. El acento está puesto en tanto el enfoque es desde una psicología de la conciencia, en lo fenomenológico.

El psicoanálisis va más allá de lo empírico, intentando dar cuenta de los procesos psíquicos inconscientes en juego.

Etimológicamente, “adolescencia” deriva del latín “adolescere” que se traduce como crecer y a su vez procede de “alo”: alimentar. El participio pasado es “adultum”: crecido. Adolescente (adolescens) es el que crece. Adolescencia implicaría entonces hacerse grande, estar en crecimiento, lo cual ha llevado a considerar la adolescencia como la etapa previa a la adultez.

Freud no habla de adolescencia, sí de pubertad, pensable como un salto, una irrupción que descontinua los tiempos de la infancia. Pero a su vez, la infancia no desaparece nunca, no caduca y la pubertad no es algo superable sino, en el mejor de los casos, tramitable. “Pubertad” deriva de “pubis”: vello, cuestión que de entrada implica al cuerpo. “Metamorfosis de la pubertad” es la manera freudiana de nombrar los efectos del segundo despertar sexual, de la acometida en dos tiempos de la pulsión sexual.

Nuevo fin sexual: la aptitud para el coito y la función reproductora se tornan posibles, lo cual implica el proceso de hallazgo (reencuentro) de objeto. Momento crucial de resignificación de la dramática edípica que pone en primer plano la función paterna, en tanto operación de castración, referencia a la ley del incesto que instala el mandato exogámico. Tiempos de elección que presuponen la asunción de una posición sexuada, la aceptación o rechazo del propio sexo.

Cuando una cultura no ofrece ritos reglados, los púberes los crean, los inventan construyendo sus propios ritos en el grupo de pares. Constituyen entonces hitos fundamentales para intentar inscribir subjetivamente las mutaciones de la pubertad. Acciones que van desde un viaje de egresados pasando por los tatuajes hasta adquirir incluso a veces la forma de intentos de suicidios.

Estos cambios, este pasaje, no es sin dolor. Son momentos de duda, incertidumbre, extrañeza, angustia, inquietud.

Lacan agregaría “duelo” como separación, como tiempo lógico, duelo por dejar de ser aquel que colmaba la falta del Otro, duelo por ese objeto que fue para el Otro y que en tanto perdido se constituye en causa del deseo del sujeto. Pasaje inevitable por la angustia como el efecto que no engaña, como traducción subjetiva del objeto a, como señal ante el deseo del Otro. Angustia presente en todo movimiento deseante.

Anna Freud centra su mirada en la irrupcional pulsional del ello que entra en conflicto con el yo poniendo en marcha las defensas, en especial, ascentismo e intelectualización, el santo o el sabio.

Peter Blos se centra en la adolescencia como momento de desprendimiento, de desasimiento de las imagos parentales internalizadas, procesos que se efectúan en un movimiento pendular entre progresión y regresión.

Winnicott planteará la adolescencia como tránsito entre la dependencia absoluta infantil hacia una independencia relativa, un tiempo de necesaria inmadurez enfatizando desde allí los potenciales creativos y abordará cuestiones del vínculo adolescente adulto.

Desde distintos referentes teóricos se intenta dar cuenta de algo nuevo a producirse, apropiación subjetiva de las transformaciones y tareas que la pubertad impone: se hace necesario construir un marco simbólico, cierta red significante, como intento de maniobrar ante la caída del sostén infantil.

Concebir la adolescencia como un tiempo lógico, como una serie de secuencias que implican puntos de viraje en los que se desmorona la escena infantil, con la siguiente emergencia de angustia, y se impone el armado de un nuevo abrochamiento fantasmático en términos de fabricar un mito propio. Mito como relato inverosímil de algo que no tiene explicación, de un vacío en la trama de la historia; se le da relato al enigma, manera de construir un fantasma. Fantasma como escena, cuadro, marco, como sostén de deseo, que al decir de Lacan tiene valor de axioma, en el sentido de sentencia, de aquello que no necesita demostración.

Dijimos junto a Freud: aptitud para el coito y capacidad reproductora, pasaje de la posición hijo a la posición padre. Entonces adolescencia como movimiento, transición, pasaje de una posición a otra. El sistema identificatorio se colapsa, habrá que buscar nuevos modelos indentificatorios. En otras palabras, asistimos a una desestabilización del montaje imaginario y simbólico por la emergencia de lo real biológico; en tal sentido son momentos de vacilación fantasmática, de caída de un soporte, cuestión que nos lleva a pensar en la angustia y sus trincheras.

Se trata de tiempos de estructuración subjetiva, de intentar reconocer y marcar un orden de imposibilidad, castración, caída de los objetos de la imagen plena del narcisismo: único camino posible para la producción de un sujeto deseante.

La adolescencia entonces puede pensarse como los tiempos en lo que se irá produciendo cierta apropiación de la palabra y de la responsabilidad por las consecuencias de sus actos. Secuencia que transita entre el empuje de la pubertad, ritos de iniciación hacia la posibilidad de volverse responsable, imputable por lo que se hace o no se hace, encrucijada que el imaginario social llama adultez.

Según Freud y Lacan, existe una subjetivación de la ley que abrirá las puertas del movimiento deseante, en el mejor de los casos.

Sabemos que en el origen de la sociedad humana se encuentra la ley. Ley que determina y sanciona los sí y los no, lo que se puede y lo que no se puede. La cultura será un efecto de la ley. Toda organización social asienta y sostiene determinadas restricciones que implica sujeción a leyes: las llamamos pautas culturales, normas que van a determinar los intercambios entre los integrantes de una sociedad. Y sabremos que estar en la cultura implica un malestar estructural.

En estas secuencias de armado adolescente, de búsqueda de un lugar en el mundo, juegan un papel relevante los significantes que vienen del Otro. Sabemos que todo sujeto es un ser social, se vuelve humano en el contacto con las palabras del Otro. Y en la adolescencia son fundamentales las marcas y sanciones del Otro social, encarnado por el mundo adulto, en términos de estructuración psíquica.

Es vital para la estructuración psíquica adolescente la inserción social. Winnicott resalta la importancia de la presencia de la palabra del adulto frente a un adolescente que crece, adulto en condiciones de ofertar un espacio de contención vía la confrontación, adulto que no abdique su función ni de sus colores, que pueda sostener la diferencia generacional, marca estructurante de la función paterna, siempre fallida en algún punto.

Lacan plantea la consideración del tiempo lógico, un tiempo que va más allá de la cronología de una secuencia historia de sucesos. Le asigna importancia a las estructuras sincrónicas o intemporales, más bien a las “fases” evolutivas. Así la ausencia de la constitución de una estructura es con consecuencias. Es un tiempo producto de articulaciones lógicas.

El cambio no es visto como un movimiento gradual o suave a lo largo de un continium, sino como el abrupto pasaje de una estructura discreta a otra. Así pensamos la adolescencia como un salto, discontinuidad de los tiempos de la infancia.

Lacan abandona por completo esta concepción lineal del tiempo, puesto que en la psique el tiempo puede estar igualmente en sentido inverso, por retroacción y anticipación. Las etapas pregenitales no son momentos ordenados cronológicamente del desarrollo del niño sino estructuras esencialmente intemporales, que se proyectan retroactivamente sobre el pasado; son ordenadas en la retroacción del complejo de Edipo.

**Desde esta perspectiva, entonces la adolescencia, a diferencia de enfoques psicológicos genetistas, pasa a pensarse como dijimos, no puede pensarse como una supuesta evolución armónica natural y secuencial sino como algo disruptivo que irrumpe: segundo despertar sexual que conlleva tareas y desafíos a realizar. Tiempo de desencuentro entre la pulsión, el objeto, el objeto, el cuerpo y la elección sexuada. Tareas que pensamos como viraje entre la caída del sostén identificatorio infantil, angustia mediante hacia la posibilidad de armado de un nuevo soporte fantasmático. Cuestión que nos permite considerar los tiempos de la adolescencia como los de la apropiación subjetiva del segundo despertar sexual y de la consiguiente inserción social. Y aquí enfatizamos la importancia de los significantes que vienen del Otro, o sea, del lugar del adulto. ¿Cómo? A través de sus palabras y sus actos.**

Noción de temporalidad para el psicoanálisis. María Andrea Negrete

El psicoanálisis, siguiendo los conceptos desarrollados por Freud y Lacan a partir de la experiencia analítica, propone una concepción de temporalidad a partir de la caracterización de la nocion de sexualidad y postulación del inconsciente.

Expresión de diferentes modalidades que conforman el tiempo subjetivo: las condiciones que uno pone a la experiencia reciben nombres que modulan el tiempo en la esta se despliega: ¿Dé que experiencia se trata para el sujeto? La experiencia es la forma más partículas por la que el sujeto transita por su vida, tiene que ver con la relación con el Otro y tiene, una temporalidad propia. Pero no basta con vivir para hacer una experiencia. Para hacer una experiencia el sujeto ha de consentir a interrogar y tratar las significaciones que le aparecen como dadas. Es decir el sujeto necesita desplegar a lo largo del tiempo sus dificultades, transformarlas en problemas y a partir de allí inscribirlos en datos temporales.

El tiempo subjetivo según las modalidades del deseo se presenta como: postergado, insatisfecho y prevenido, que constituyen las formas de aceleración, retardo y huida en alcanzar el objeto del deseo, del goce y del amor.

El psicoanálisis caracteriza entonces tres nociones para dar cuenta de la temporalidad:

1. Atemporalidad del inconsciente: el factor temporal no rige para los procesos inconscientes. El transcurso del tiempo no altera nada en ellos. Sin embargo, la atemporalidad del inconsciente no remite a un fuera del tiempo, sino a un presente continuo. Y en efecto, no podría ser de otro modo, pues en lo inconsciente cobra valor la vorstellung en tanto presentificación de deseo sin frontera temporal, eterno: el deseo inconsciente es indestructible. El Sujeto, una vez estructurado como tal, no se modifica fácilmente: es posible destacar una radical insistencia y repetición en ciertas búsquedas. El humano repite sus formas de satisfacción.
2. A posteriori, resignificación, retroactividad, aprés coup, (nachtraglich). Son distintos modos de nombrar la temporalidad y la causalidad psíquicas. A partir de esos conceptos, Freud ensamble su postulación de la sexualidad infantil como una característica estructural en el ser humano, desarrollada en dos tiempos: primera infancia y pubertad, separados por un periodo de espera llamado latencia.

Impresiones, huellas, vivencias son modificadas en función de nuevas experiencias. Es decir que, es a partir del presente que el pasado será significado a posteriori. Justamente, la pubertad conferirá significación a aquello infantil que oportunamente no pudo ser elaborado, connotándolo así como “pasado”. Temporalidad retroactiva que confiere al sujeto la oportunidad de crear algo diverso; el interés del psicoanálisis está puesto no sobre los acontecimientos en la vida del sujeto, sino sobre el modo en que esos acontecimientos son ordenados en el presente por él.

Es esta resignificación retroactiva la que confiere sentido y eficacia a la posibilidad de historización, posibilitándole al adolescente el armado de una narración sobre sí mismo.

La historia no es entonces una secuencia de acontecimientos pasados. Dice Lacan: “La historia no es el pasado. La historia es el pasado historizado en el presente porque ha vivido en el pasado”. “Se trata menos de recordar, que de reescribir la historia”.

Cuando utilizamos funciones del preconsciente como la memoria, las representaciones verbales y el pensamiento lógico, entonces podemos tomar conciencia del transcurrir del tiempo, del antes y el después, de la secuencia del pasado, presente y futuro como parcelas separadas.

El presente se corresponde con la experiencia de la percepción.

1. Tiempo lógico: es un aporte que hace Lacan, desarrollando la noción freudiana de a posteriori, con conceptos de la lógica matemática y la noción de verdad conjetural. En este sentido, Lacan planteará una diferenciación con la concepción freudiana de la atemporalidad inconsciente: a su entender el problema de la temporalidad no puede ser reducido solo al reconocimiento de los efectos de la repetición.

El inconsciente para Lacan es algo “con una extraña temporalidad”, es futuro, significa ante todo, lo no realizado, la posibilidad y aún el empuje hacia su realización. Es un siendo, es a producirse, entendiendo que será posible captarlo en el discurso.

La atemporalidad freudiana estará para Lacan, vinculada al inconsciente en tanto insiste como pulsión, como aspiración insatisfecha y pugna por su realización. Este carácter pulsátil del inconsciente, es acto o es sensible solo transitoriamente, para ser de nuevo silencio y tendencia al cierre y al olvido.

Esta noción de una temporalidad que emerge de la cadena del inconsciente y organiza una lógica propia, alude a la noción de lo inconsciente como apertura y cierre, como retroacción y anticipación.

La noción de tiempo lógico no trata de una sucesión cronológica de hechos biográficos, sino de articulaciones lógicas de los movimientos temporales singulares que inscriben simbólicamente al sujeto. En este sentido la nocion de temporalidad es una construcción cultural derivada de la experiencia del sujeto y conforma una interpretación.

Esta noción se destaca cómo la presencia del semejante y del Otro de la cultura y del lenguaje, son elementos necesarios para el funcionamiento de esta temporalidad.

Esto momentos o dimensiones lógicas son:

1. Instante de ver, como encuentro impersonal con lo novedoso
2. Tiempo de comprender, como intuición de la evidencia en la que se incluye lo recíproco; momento de asociaciones en función de los otros.
3. Momento de concluir, como respuesta, como acto. Es el momento del juicio, donde se destaca la función de la prisa para concluir.

El sujeto bascula entre ese antes y después del acto con que concluye según la direccionalidad de su deseo. Así el tiempo funciona para el sujeto como un punto de corte que lo divide entre lo que no alcanzó a ser y lo que jamás será igual a si mismo. Entonces desde este punto de vista, la atemporalidad es solidaria del acontecimiento, entendido como ruptura, quiebre, corte del atemporal en la temporalidad, es decir: discontinuidad en la continuidad.

Unidad 2:

Subjetividad adolescente y contexto social. Roberto Elgarte

La adolescencia no puede ser concebida como una categoría universal sino que es pertinente referirse a adolescencias en plural, atendiendo a la singularidad del sujeto. Tramitación, intento de enmarcar simbólicamente las vicisitudes de “los que están en situación de crecer” y que tendrán que encarar la responsabilidad del acto; tiempos lógicos de resignificación que implican reorganizaciones subjetivas.

La nocion de adolescencia es una construcción socio-cultural que se altera y renueva en el contexto de la época, la geografía y la clase social, se trata de tiempos de pasaje, de tránsito, en los cuales debemos encarar la tensión entre Otro social, sujeto y subjetividad.

Según Lacan, el imperativo del consumo intenta forcluir la castración, la división del sujeto, no dejando lugar para la pérdida, obturando así la función estructurante de la falta como motor deseante. El mercado oferta multiplicidad de objeto tapones como por ejemplo drogas legales e ilegales calmantes de la angustia.

El paisaje de las vicisitudes actuales en la construcción subjetiva en la adolescencia, se destacan, en paralelo a la declinación de la función paterna, los efectos desestructurantes de la caída de ciertos ideales en pos de la idealización, pasaje de una lógica atravesada por la castración que posibilita los procesos de ilusión-desilusión, a otra lógica de lo absoluto, de la búsqueda del “todo”, en la inmediatez, en el culto a la imagen. Asimismo la falta de ritos de iniciación institucionalizados agrega dificultades a las operaciones de pasaje o transito adolescente.

Resulta fundamental examinar las coordenadas de la época para abordar las contingencias de la construcción subjetiva, pero no es posible concebir un efecto de determinación mecánica no homogénea, sino que hay que atender a la complejidad de las mediaciones y procesos dialecticos que permitan abordar los efectos de las marcas del Otro social en términos de identificaciones y desidentificaciones implicadas en las operaciones sincrónicas de alienación y separación.

Las invitaciones o inducciones discursivas no alcanzan para poder afirmar que hoy nos encontramos con un adolescente formateado o construido por el lazo social actual, portando una imagen universal, idéntica o masificada.

Algunos autores proponen diferenciar subjetividad y sujeto. Con respecto a la concepción de sujeto, se trata de una de esas nociones difíciles de precisar por la índole misma de la noción. Para el psicoanálisis el sujeto se nos escabulle permanentemente. No tiene sustancialidad, evanescente, no está allí donde creemos encontrarlo. Es el sujeto dividido, escindido, barrado por el lenguaje, sujeto del inconsciente, del deseo. Producido como efecto en los intersticios del juego de combinaciones y sustituciones de la cadena significante. Se constituyen en el campo del Otro pero arrojando un resto inasimilable. Queda claro que ni el sujeto ni el Otro tienen consistencia.

La inconsistencia del sujeto colapsa con las pretensiones de ciertos discursos hegemónicos que pretenden portar certidumbres y desde allí modelar o uniformar las modalidades de goce.

Por su parte, subjetividad es una nocion que se refiere a imágenes, representaciones, modelos y prácticas que porta el discurso de la época. Entre sujeto y subjetividad se establece una relación de extimidad.

La subjetividad entonces implica ciertas condiciones de posibilidad o imposibilidad en la producción de un efecto sujeto. Cuestión que conlleva la interrogación acerca de los intrincados caminos de la inscripción de marcas psíquicas. Inscripciones que dejarán un resto real son carácter representacional, procesos de afirmación y negación primordiales desde la óptica freudiana. Resto, traume que operará como causa del movimiento del deseo, que nos remite a lo fundante de alojar la falta en ser que no habita.

Hallamos escenarios más facilitadores de sostén simbólico en los que un sujeto adolescente podrá apropiarse de las donaciones que se le ofertan. Pero también nos encontramos con contextos desfavorables, con características de desamparo representacional que tornan complicado maniobrar desde la vulnerabilidad adolescente.

La noción de vulnerabilidad alude a vulnerable que proviene del latín “vulnerabilis”; es un adjetivo que da cuenta de aquellas personas que pueden ser heridas, ya sea física o moralmente. En tal sentido, la vulnerabilidad es una condición estructural que incluye a todo ser humano. También es uno de los nombres que enuncian las ciencias sociales para referirse a las condiciones de los sectores de exclusión social.

Fernando Ulloa plantea diversas aristas sobre la crueldad, desde lo cruel universal que alberga todo humano hasta lo que él denomina vera crueldad o crueldad mayor “que necesita un dispositivo sociocultural, cuyo eje es la encerrona trágica…” produciendo la cultura de la mortificación. Lo cruel “puede adquirir estatuto de costumbre, en el que las mismas victimas conviven con una intimidación que permanece inadvertida”.

Ulloa plantea su origen en una falla en la función de la ternura y remarca graves consecuencias en la construcción de la subjetividad.

Hernán Kesselman considera que “lo cruel se naturaliza y constituye daño psicológico”.

Resulta pertinente también interrogarse acerca de cómo la vulnerabilidad atraviesa no sólo a los adolescentes sino a los diferentes actores de las instituciones: padres, docentes, médicos, psicólogos, etc., pasibles de dañar y/o sufrir daños.

Chicos en banda. Duschatzky y Corea

* Capítulo 4: Las instituciones en la pendiente

4.1. Las figuras de autoridad familiar

Rosanvallon nos recuerda que la familia ofrecía un punto de equilibrio al individuo, al mismo tiempo que lo insertaba en un espacio de sostén social y redistribución económica. La familia hacia posible la inscripción en una genealogía, es decir, en una historia que le brindaba a sus miembros sostén y referencia. La familia constituía para la tradición moderna el primer eslabón en el proceso de filiación y construcción de la cadena intergeneracional.

Por su parte, el psicoanálisis subscribe a la idea, a propósito de la familia, de que no hay sujeto desde los orígenes sino que se trata de posibilidades que sólo se materializan si encuentran una serie de condiciones. El otro es entonces condición y posibilidad de subjetivación. Ese primer otro es la madre que nutre, cuida, brinda afecto, toca y habla. En este encuentro ese otro introduce algo de otro orden que la mera asistencia física y que será el motor de psiquismo humano. El mundo entonces se presenta por contacto, pero un contacto especial dado que habilita la instalación de la sexualidad, comprendida en términos freudianos como una pulsión (energía) vital. Pero la función materna ofrece además una función identificatoria, le proporciona al niño un conjunto de significados que permitirán nombrar los diferentes estados por los que atraviesa.

¿Qué papel le confiere el psicoanálisis al padre? Al igual que la función materna, se trata de una función simbólica, es decir, no importa quien ejerza sino la posibilidad de que sea inscripta significativamente. El padre es el representante de la ley y como tal el portador de los discursos sociales legitimados. El padre es el encargado de romper la simbiosis entre madre e hijo y el que reparará esa “pérdida” con la puesta a disposición de objetos sustitutos (símbolos, ideas, instituciones, ritos) que facilitaran la exogamia.

La desarticulación del universo de la familia nuclear se inscribe en la alternación de una serie de condiciones basadas en el principio jerárquico. La caída del Estado-nación en el marco de la emergencia de nuevas lógicas sociales basadas en la noción de red, vacía a las relaciones familiares de una referencia anclada en jerarquías simbólicas.

 Condiciones en las que se plantean las mutaciones de la organización familiar: pérdida de la condición salarial, incertidumbre respecto del futuro, flexibilidad laboral, dilución del trabajo como pilar de estructuración social, pérdida de las protecciones sociales, borramiento de las fronteras generacionales, pasaje del saber a la información con sus defectos concomitantes en la devaluación de la experiencia y la transmisión intergeneracional.

No se trata de configuraciones familiares respetuosas de la lógica de la autoridad simbólica tradicional sino de múltiples modos de relación que rompen la estructura paterno-filial.

Es necesario repensar la categoría familia ya que emergen múltiples modos de vínculos que ponen en juego la eficacia de las figuras portadoras de autoridad simbólica.

La caída de un patrón referencial en la estructuración familiar nos invita a pensar que la “familia” es hoy un significante vacío, es decir un lugar sin referencia estable de significación.

Ante el agotamiento del dispositivo familiar, los registros ofrecen tres modalidades subjetivas de habitar la nueva situación que nombraremos: desubjetivación, resistencia e invención.

4.1.1 Desubjetivación

La desubjetivación no se trata de un estado puro, sino de modos desubjetivantes de habitar los vínculos familiares o, lo que es lo mismo, un no poder hacer casi nada con la situación.

Lo propio del ser humano es la posibilidad de dejar de ser humano. Después de Auschwitz, la humanidad no es universal sino contingente; existe la paradójica experiencia humana de la deshumanización. El sobreviviente, entonces se presenta como un figura ambivalente de lo humano y lo inhumano: se puede sobrevivir sin humanidad; pura nuda vida, el viviente. O se puede sobrevivir a la experiencia de la aniquilación no ya como puro viviente, sino como sujeto: ésa es una experiencia de subjetivación.

La desubjetivación, entonces, nos habla de un modo de habitar la situación marcada por la imposibilidad, estar a merced de lo que acontezca habiendo minimizado al máximo la posibilidad de decir no, de hacer algo que desborde las circunstancias. Se trata de un modo que despoja al sujeto de la posibilidad de decisión y de la responsabilidad.

Una de las condiciones de la desubjetivación en el entorno familiar es la visible indiferenciación de los lugares tradicionales de padre, madre e hijo, con la consecuente disolución de las posiciones de protección y autoridad de los padres hacia los hijos. En ese marco de disolución y confusión, la desubjetivación consiste en la imposibilidad de gestionar lugares de enunciación desde los cuales habitar estas transformaciones.

En las ruinas de esa experiencia histórica vemos emerger nuevas relaciones que no solo ponen de relieve la simetrización o indiferenciación de lugares, sino más bien la pérdida de toda referencia en la cual anclar. Quizás haya que pensar que lo propio de nuestras circunstancias es la ausencia de referentes y anclajes y que, por lo tanto, cualquier sistema de referencia que se arme conlleva la oportunidad de un proceso subjetivante.

Padre, madre e hijo, ya no se perfilan como significantes de una relación intergeneracional basada en el principio de autoridad, sino que parece tratarse de lugares simbólicamente destituidos.

El territorio de la maternidad y la paternidad se presenta como un sitio sumamente confuso y devastado de significaciones. Sus fronteras, sus mandatos, sus funciones y su sentido, claros y precisos en el entorno burgués, desaparecen hoy por efecto de la destitución simbólica de las figuras burguesas de la familia.

4.1.2. Resistencia

La resistencia expresa cierta actitud de defensa, algo así como un modo abroquelarse para protegerse de los efectos riesgosos que acechan la existencia. La familia aparece aquí como el lugar de refugio y preservación.

Tradicionalmente la familia era la encargada de instalar al niño en el mundo mediante una serie de prácticas de socialización que atendían a su autonomización progresiva. El mundo era apetecible en tanto prometedor de nuevas posibilidades.

El mundo se ha vuelto inhabitable y la familia procura entonces dilatar la salida del niño.

4.1.3. Invención

 La modalidad de la invención pone de relieve la producción de recursos para habitar la situación. Se trata de hacer algo con lo real, de producir aberturas que desborden la condición de imposibilidad, de producir nuevos posibles.

Se trata de la construcción de una posición de enunciación que grafica la búsqueda de un “poder ser” en el borde de un “no poder”. Las operaciones de subjetivación se plantean allí donde opera la imposibilidad.

No se trata de sujetos soberanos, portadores de un gran voluntarismo y omnipotencia sino de operaciones generadas en una sociedad que se instituye con independencia de un referente colectivo que enlace a un espacio de pertenencia simbólica.

Cuando las referencias que sostienen al sujeto en el devenir de su existencia se han vuelto frágiles, la vida se torna un hacerse así mismo cada vez. La caída de una ficción estructuradora de la experiencia, lejos de experimentarse como liberadora, trae aparejada la sensación fatigosa de ser uno mismo.

4.2 La escuela entre la destitución y la invención

La destitución no es la inexistencia, no es el vacío, no es la ausencia de algún tipo de productividad. Tampoco la falta de respuesta a un tipo de demandas. La destitución simbólica de la escuela hace alusión a que la “ficción” que esta construyó mediante la cual eran interpretados los sujetos dejó de tener poder performativo.

La obra alfabetizadora e integradora de la escuela produjo también exclusiones culturales. La escuela también homogeneizó y disciplinó.

Cuando decimos que la escuela se encuentra destituida simbólicamente no decimos que enseña mal, que es no está a la altura de las demandas competitivas o que, como suele escucharse, hace asistencialismo en vez de pedagogía. Lo que sugerimos con la hipótesis de la destitución de la escuela es que se percibe una pérdida de credibilidad en sus posibilidades de fundar subjetividad. En ocasiones, la destitución no es un derrumbe, sino el escenario complejo y extremadamente duro en que se despliegan operaciones de invención para vivirla.

4.2.1. Desubjetivación

La desubjetivación hace referencia a una posición de impotencia, a la percepción de no poder hacer nada diferente con lo que se presenta.

En los tiempos presentes, los atributos negativos del “pobre” no solo son de índole cultural sino que conllevan nuevamente una impugnación moral. Ya no se trata simplemente de la calificación tradicional de “ignorantes”, “incultos”, “mal hablados”, “lentos”: el discurso moral se ha aggiornado. Ahora se trata de “valores cambiados, autoridad disuelta, familia ausente y despreocupada, agresión, robo, violencia”.

No es el componente autoritario de la cultura de escolar lo que está en cuestión. El problema de es su impotencia no es un problema relativo a las personas sino a los dispositivos. La impotencia no es de los maestros sino de lo que alguna vez fue instituido; y los maestros son el síntoma de la pérdida de una autoridad simbólica que los excede.

4.2.2. Resitencia

La diferencia decisiva entre los alumnos de antes y los de ahora, es que los primeros de dejaban educar, instituir, moldear por la institución escolar y no así los de ahora. El respeto a la autoridad, la disposición para la obediencia, la sumisión, el deseo de progreso, la capacidad de adquirir normas básicas de interacción social, constituían la matriz básica de la educabilidad sobre la que la escuela no solo intervenía para ejercer su tarea formadora, sino que ella misma fundaba en colaboración solidaria con la familia. Los chicos de ahora no sólo expresan la ausencia de esa matriz básica, no solo una fuerte resistencia a dejarse moldear por esa matriz; también son la expresión de la incomunicación profunda entre la escuela y la familia en condiciones de disolución estatal.

El punto de inflexión es que las condiciones del niño y del adolescente “modernos”, esas condiciones que lo hicieron posible como una subjetividad instituida por la familia burguesa o por la escuela estatal, hoy están suspendidas. Los docentes nos dicen lo que ya no son y ese “no ser” revela en consecuencia un ser que fue instituido, un ser histórico y no una esencia pervertida de su verdadero ser. Si los niños ya no son lo que eran, desde la perspectiva de la subjetividad, esto se debe a que las condiciones institucionales que hicieron posibles tales tipos subjetivos hoy han perdido eficacia.

Históricamente, podíamos nombrar al estudiante como aquel niño o joven que transitaba una institución que lo proveía de los saberes necesarios para alcanzar la autonomía social durante un periodo de moratoria social en el que posterga la asunción de las responsabilidades adultas. Una escuela era un modo institucionalizado de educar, de formar a una persona imprimiéndole atributos que un orden social específico exigía. Pero ocurre que estas representaciones que por décadas permearon el imaginario de docentes y padres han estallado. Entonces la resistencia es la expresión del desacople entre las representaciones viejas y las situaciones actuales que no se dejan nombrar por esas representaciones. La resistencia es un obstáculo porque impide que una subjetividad se altere para poder enunciarse en las nuevas condiciones. La posición que resiste insiste en seguir suponiendo un alumno que ya no existe: obediente, capaz de postergaciones, en condiciones de prever y anticipar, disponible para recibir algo del adulto. Por eso cuando nos enfrentamos a una subjetividad que contradice esas expectativas, la pensamos como disvalor o una expresión de violencia.

La resistencia es una negación a cambiar las preguntas y dejarnos alterar por los signos de lo nuevo, que –bien hay que decirlo- no suponen necesariamente lo bueno.

4.2.3. Invención

La educación es el intento de activar un lugar, una falla, un pliegue donde la posibilidad de subjetivación sea todavía ilegible.

La invención supone producir singularidad, esto es formas inéditas de operar con lo real que habiliten nuevos modos de habitar una situación y por ende de construirnos como sujetos.

Esto requiere no dejar de pensar el problema, implicarnos en la problemática de las nuevas identidades juveniles más allá de que la iniciativa haya resultado exitosa.

La educación igualadora es la acción que hace posible la subjetivación, la que emprende la difícil e incontrolable tarea de introducir a un sujeto en otro universo de significación de modo de ayudarlo a construir su diferencia. La educación consiste en la imposibilidad contingente y en trabajar con todos los medios para transformarla.

Lo nuevo aquí no puede montarse en el tiempo fabricado, previsible, anticipado, sino que desborda la linealidad y crea condiciones para que algo de otro orden pueda nacer.

Ser adolescente después de la modernidad. Ana Lía López Brizolara

1. Introducción:

Al pensar la adolescencia hoy, tenemos presente que el concepto de jóvenes o juventud tal como lo concebimos es una categoría conceptual socialmente construida y relativamente reciente en la historia de occidente.

1. Nos parece útil pensarnos “después de la modernidad”.

Hoy jerarquizamos dos aspectos:

* En primer lugar un cambio en las estructuras colectivas de la cultura, que determinaban y sostenían al sujeto en la modernidad, generándose un proceso de desarmado, del cual aún no conocemos su fin. Éste puede observarse a través de la “destitución” de las instituciones.
* En segundo lugar, un cambio en los procesos de subjetivación. Estos cambios son determinados y determinan a los primeros.

Jean-Francois Lyotard señala que el fenómeno se caracteriza por el “agotamiento y la desaparición de los grandes relatos de legitimación, especialmente el relato religioso y el relato político. Se asiste incluso a la disolución de las fuerzas sobre las que se apoyaba la modernidad clásica, así como la desaparición de las vanguardias.

En la medida que pierden vigencia los relatos de legitimación, también las instituciones que los sostenían parecen perder fuerza simbólica en su función.

El vacío que genera este fracaso institucional, profundiza y extiende los sentimientos de inseguridad y desamparo creando un estado propicio para una nueva producción subjetiva.

Si hablamos de la destrucción de las estructuras colectivas, le damos al mundo el paradójico nombre de aldea global. Aparece “el ansia de ser visto”, la búsqueda de sustitución de la privacidad por la exhibición.

Es una época de diversidad, de variaciones, donde el desafío parece ser sostener la posibilidad del encuentro.

1. Ser adolescente

Como plantea Margulis, desde mediados del siglo XIX, joven es sinónimo de “posibilidades abiertas”, de “tiempo legítimo para el estudio y la capacitación”, para la “postergación de responsabilidades como el matrimonio y la dependencia económica”, es sinónimo de período de “especial tolerancia”, de “vivir sin angustias ni responsabilidades”.

Si la moratoria se define por lo antes dicho, lo joven estaría solo en relación con ciertas clases sociales y culturas.

El concepto de moratoria para los autores consultados, es la energía del cuerpo como posesión de un excedente, como un tiempo de más para gastar, un plus. Ese excedente es una moratoria vital que también puede hacerlos ajenos a la idea de la muerte y apoyar esa sensación de inmortalidad que se asocia con la temeridad, con conductas tanto riesgosas como directamente autodestructivas, con lo exceso y aun con la valoración de morir joven antes que envejecer.

Cambia el discurso adolescente donde emergen nuevas formas de convocar la mirada “legítimamente” del otro, ejemplo de ello son las marcas en el cuerpo: Piercings y tatuajes. Aparecen a veces como transacciones entre un ritual simbólico que ordena, y la posibilidad fantasmática de autoengendrar el propio cuerpo, la necesidad de apropiarse, recrear, crear.

Si el niño pequeño, en su desvalimiento, tiene necesidad de su madre como intérprete de sus necesidades físicas y psicológicas, si no puede experimentarlas sino a través de su cuerpo, el adolescente, se promueve como autointérprete.

Al pensar acerca del lenguaje del adolescente, observamos que se compone de actos, que van encontrando una semántica nueva, y el “hacer” en torno a algunas actividades se propone como un nuevo modo de discurso.

El uso de la música, al decir de Winnicott, implicaría la creación del objeto. Ese uso estructurante de subjetividad, que a la vez que es ofrecido por el otro, el medio ambiente, también es creado por el sujeto.

Discursos como actos sin capacidad comunicativa y los actos como nuevo lenguaje.

1. La familia:

El lugar de la familia y la familia misma hoy han cambiado.

En la adolescencia, el impacto de la realidad deja de estar mediado y amortiguado por la familia y ocurre de forma directa sobre el joven.

Aparece el desfallecimiento de lo adulto. Adulto que a veces se provee de una estética adolescente tal vez como forma de aliviar el conflicto.

Parece que nos encontramos demasiado a menudo con situaciones que están muy lejos de la propuesta winnicottiana del padre presente capaz de mantenerse vivo ante la confrontación del adolescente. El adulto también padece la perdida de legitimación en su función, descree de ello, y el adolescente deja de desafiar para pasar muchas veces a desconocer o a descalificar.

Si se desconocen mutuamente, se desestiman, falla entonces el ser amado. El “reflexivo” (ser amado), deseo del otro, es lo que sitúa el “ser” (sujeto) más allá de la identificación especular.

Los intentos de sustitución a través de la instituciones educativas, han generado desamparos y muchas veces como intento de resolución, medidas de control segregadoras o rigideces expulsivas.

Las instituciones tampoco habilitan al adulto también necesitado de una moratoria para ir siendo padre, docente, “educador”, en un gerundio creativo y dador de vida.

Aparece como riesgo la falta de: el intercambio enriquecedor, el uso de la historia, la valoración del aporte generacional. Vivir en simultáneo sin reconocerse.

1. Lo social vs. la socialidad

Nos encontramos con que los llamados “ritos de iniciación” adolescente, en general no son guiados ni acompañados por un adulto. Los adultos no son los personajes referentes para el adolescente. Adquiere prevalencia el par, el otro joven dentro de las grupalidades como prójimo identificatorio.

El sociólogo francés Michel Maffesoli propone hablar de la socialidad a diferencia de lo social. La post-modernidad habría terminado con lo social para pasar a hablar de socialidad como un concepto que alude a una composición social masiva, con menos coherencia y más cohesión.

La tesis de Maffesoli, descansa sobre una paradoja: “el constante vaivén que se establece entre la masificación creciente y el desarrollo de esos microgrupos que llama “tribus.

* La comunidad emocional: mientras que la lógica individualista descansa en una identidad separada y encerrada en sí misma, la “persona” solo vale en tanto que se relaciona con los demás. “Paradigma estético”.
* Potencia subterránea: es un potente querer vivir, que irriga permanentemente al cuerpo social.
* La socialidad contra lo social. Hacer notar el desprecio histórico que el intelectual ha experimentado siempre por la masa. Invertir la mirada. Tomar en cuenta el pensamiento de la plaza pública más bien que el del palacio.

Tomamos como ejemplo la masiva concurrencia a la rambla. Estaríamos ante la socialidad, donde aparecen algunos significantes: juntarse, deseo intenso de participar de esa actividad. Existiría una comunión afectiva laxa, donde el estar en el mismo lugar con una “tarea” poco definida y a la vez compartida, forma parte de sus características esenciales. Podríamos pensarla como un ensayo en la construcción de una comunidad.

Los grupos de referencia del liceo, parecen no estar centrados en torno al estudio sino a actividades que están, muchas veces, fuera de es institución.

1. Peculiaridades de la intervención

Cuando hay un pedido de ayuda sentimos la necesidad de priorizar la escucha, y nos encontramos con que se hace necesario crear interlocutores. Con frecuencia, la demanda no es realizada ni por el joven, ni por la institución, ni por la familia, etc., está o también hay que encontrarla.

Necesidad de comprender y describir una nueva realidad con la que trabajamos. Replantear una ética de la normalidad.

Unidad 3:

Nota sobre el concepto de lo inconsciente en psicoanálisis (1912)

Primero, llamemos “consciente” a la representación que está presente en nuestra consciencia y de la que nosotros nos percatamos, y hagamos de este el único sentido del término “consciente”; en cambio, a las representaciones latentes, si es que tenemos fundamentos para suponer que están contenidas en la vida anímica, habremos de denotarlas con el término “inconsciente”.

Entonces, una representación inconsciente es una de la que nosotros no nos percatamos, a pesar de lo cual estamos dispuestos a admitir existencia sobre la base de otros indicios y pruebas.

En un experimento de la “sugestión poshipnótica”, una persona es puesta en estado hipnótico y despertada luego. Mientras se encontraba en estado hipnótico, bajo el influjo del médico. Le impartían la orden de ejecutar determinada acción en un momento preciso, por ejemplo, media hora después. Despierta, y todo indica que se ha reintegrado a su plena consciencia y a su condición mental ordinaria, no recuerda su estado hipnótico y, pese a ello, en el momento fijado se impone a su espíritu el impulso de hacer esto y esto otro, y ejecuta la acción con consciencia, aunque sin saber por qué. Para imposible dar al fenómeno otra descripción que esta: el designio estaba presente en el espíritu de esta persona en una forma latente o inconsciente, hasta que llegó el momento fijado, y le devino consciente. Pero no le afloró a la conciencia íntegramente, sino solo la representación del acto por ejecutar.

La idea de la acción ordenada en la hipnosis no devino un mero objeto de la conciencia en un momento determinado, sino que, además, devino eficiente, y este es el aspecto más llamativo del hecho: fue transferida a la acción tan pronto como la conciencia se hubo percatado de su presencia. Puesto que el estímulo real para actuar es la orden del médico, es difícil no conceder que la idea de la orden del médico devino eficiente también. Sin embargo, esta última no fue acogida en la consciencia como ocurrió con su retoño, la idea de acción; permaneció inconsciente y por esto fue al mismo tiempo eficiente e inconsciente.

La vida anímica del paciente histérico rebosa de estos pensamiento eficientes, pero inconscientes; de ellos provienen todos los síntomas. El predominio de ideas inconscientes eficientes es revelado por el análisis como lo esencial en la psicología de todas las otras formas de neurosis.

Por tanto, del análisis de fenómenos neuróticos aprendemos que un pensamiento latente o inconsciente no es necesariamente débil, y que su presencia en la vida anímica admite pruebas indirectas de la mayor fuerza, equivalentes casi a la prueba directa brindada por la conciencia. Hay ciertos pensamientos latentes que no penetran en la conciencia por intensos que sean. Llamaremos entonces preconscientes a los pensamientos latentes más débiles, mientras que reservamos el término inconsciente para los más intensos. El término inconsciente que hasta aquí empleábamos, recibe ahora un significado más amplio. No sólo designa pensamientos latentes en general, sino, en particular, pensamientos con un cierto carácter dinámico, a saber, aquellos que a pesar de su intensidad y su acción eficiente se mantienen alejados de la conciencia.

En vez de suscribir la hipótesis de los pensamientos inconscientes, de los cuales nada sabemos, haríamos mejor en suponer que la conciencia puede ser dividida, de suerte que ciertos pensamientos u otros procesos anímicos puedan formar una conciencia separada que se desprendió y se enajenó de la masa principal de actividad psíquica consciente.

Hemos hallado un preconsciente eficiente, que sin dificultad pasa a la conciencia, y un inconsciente eficiente, que permanece inconsciente y parece estar cortado de la consciencia.

Al producto de lo inconsciente eficaz en modo alguno le es imposible penetrar en la consciencia, mas para ello es necesario cierto gasto de esfuerzo. Así aprendemos que el pensamiento inconsciente es excluido de la consciencia por unas fuerzas vivas que se contraponen a su aceptación, mientras que no estorban a otros pensamientos, los preconscientes. El psicoanálisis no deja ninguna duda de que el rechazo de pensamientos inconscientes es provocado meramente por las tendencias corporizadas de su contenido. La teoría más cercana y probable que podemos formular en este estadio de nuestro saber es la siguiente: lo inconsciente es na fase regular e inevitable en los procesos que fundamentan nuestra actividad psíquica; todo acto psíquico comienza como inconsciente, y puede permanecer tal o bien avanzar desarrollándose hasta la consciencia, según que tropiece o no con una resistencia. El distingo entre actividad preconsciente e inconsciente no es primario, sino que solo se establece después que entrado en juego la “defensa”.

El psicoanálisis se funda en el análisis de los sueños; la interpretación de estos es el trabajo más acabado que la joven ciencia ha realizado hasta hoy. Un caso típico de la formación de sueños puede describirse del siguiente modo: un itinerario de pensamiento fue despertado por la actividad mental del día y ha tenido algo de su capacidad eficiente; en virtud de esta, ha escapado a la disminución general del interés, la cual es la introducción al dormir y su preparación mental. Durante la noche, este itinerario de pensamientos consigue hallar la conexión con uno de los deseos inconscientes que han estado siempre presente desde la infancia en la vida anímica del soñante, pero por lo común reprimidos y excluidos de su presencia consciente. Entonces, en virtud de la fuerza, que les presta ese apoyo inconsciente, estos pensamientos, los relictos del trabajo diurno, pueden devenir otra vez eficientes y aflorar a la conciencia en la forma de un sueño. Han ocurrido pues tres cosas:

* Los pensamientos han experimentado una mudanza, un disfraz, una desfiguración, que constituye la parte del socio inconsciente.
* Los pensamientos han conseguido investir la conciencia en un momento en que no debería serles ello asequible.
* Un fragmento de lo inconsciente ha aflorado en la conciencia, cosa que de ordinario le habría resultado imposible.

Damos el nombre de “el inconsciente” al sistema que se da a conocer por el signo distintivo de ser inconscientes los procesos singulares que lo componen.

Este es el tercer sentido, y el más importante, que el término “inconsciente” ha cobrado en el psicoanálisis.

Conferencia I: Introducción al psicoanálisis

En tratamiento psicoanalítico no ocurre otra cosa que un intercambio de palabras entre el analizado y el médico. El paciente habla, cuenta sus vivencias pasadas y sus impresiones presentes, se queja, confiesa sus deseos y mociones afectivas. El médico escucha, procura dirigir las ilaciones de pensamiento del paciente, exhorta, empuja su atención en ciertas direcciones, le da esclarecimientos y observa las reacciones de comprensión o rechazo que de ese modo provoca. Palabras despiertan sentimientos y son el medio universal con que los hombres se influyen unos a otros. Por eso, no despreciemos el empleo de las palabras en la psicoterapia.

La conversación en que consiste el tratamiento psicoanalítico no soporta terceros oyentes. Esas comunicaciones tocan lo más íntimo de su vida anímica, todo lo que él como persona socialmente autónoma tiene que ocultar a los otros y, además, todo lo que como personalidad unitaria no quiere confesarse a sí mismo.

El psicoanálisis se aprende primero en uno mismo, por el estudio de la personalidad propia. Por esa vía se obtiene la buscada convicción acerca de la realidad de los procesos que el psicoanálisis describe y acerca de lo correcto de sus concepciones.

El psicoanálisis quiere dar a la psiquiatría esa base psicológica que se echa de menos, y espera descubrir el terreno común desde el cual se vuelva inteligible el encuentro de la perturbación corporal con la perturbación anímica.

Por dos de sus tesis el psicoanálisis ultraja a todo el mundo y atrae su aversión; una de ellas choca con un prejuicio intelectual, la otra, con uno estético moral.

 La primera de esas aseveraciones ingratas del psicoanálisis dice que los procesos anímicos son, en sí y por sí, inconscientes, y los procesos conscientes son apenas actos singulares y partes de la vida anímica total. A la conciencia la consideramos directamente el carácter definitorio de lo psíquico, y a la psicología, la doctrina de los contenidos de la conciencia.

Su definición de lo anímico dice que consiste en procesos del tipo sentir, el pensar, el querer; y se ve obligado a sostener que hay un pensar inconsciente, hay un querer inconsciente.

Este segundo enunciado que el psicoanálisis proclama como uno de sus hallazgos contiene, en efecto, la aseveración de que las mociones pulsionales que no pueden designarse sino como sexuales, en sentido estricto y en sentido lato, desempeñan un papel enormemente grande, hasta ahora no apreciado lo suficiente en la causación de las enfermedades nerviosas y mentales, Y, más aún, que esas mismas mociones sexuales participan, en medida que no debe subestimarse, en las más elevadas creaciones culturales, artísticas y sociales del espíritu humano.

Creemos que, bajo el acicate del premio de la vida, la cultura fue creada a expensas de la satisfacción pulsional, y en buena parte es recreada siempre de nuevo en la medida en que los individuos que van ingresando en la comunidad de los hombres repiten, en favor del todo, ese sacrificio de satisfacción pulsional. Entre las fuerzas pulsionales así empleadas, las pertenecientes a las mociones sexuales desempeñan un papel importante; en ese proceso son sublimadas, vale decir, desviadas de sus metas sexuales y dirigidas a otras, que se sitúan socialmente en un plano más elevado y ya no son sexuales. Pero esta construcción es lábil; las pulsiones sexuales no quedan bien domadas, y en todo individuo que debe sumarse a la obra cultural subsiste el peligro de que sus pulsiones sexuales se rehúsen a ese empleo.

Es propio de la naturaleza humana el inclinarse por tachar de incorrecto algo que no gusta, y después es fácil hallar argumentos en su contra. La sociedad convierte entonces lo ingrato en incorrecto y pone en entredicho las verdades del psicoanálisis, con argumentos lógicos y fácticos, pero lo hace a partir de fuentes afectivas y sostiene esas objeciones, en calidad de prejuicios, contra todo intento de réplica.